



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Lecturas de una élite intelectual argentina: el Colegio Libre de Estudios Superiores, 1930-1959

Autor: Cernadas de Bulnes, Mabel N. y Lull, Laura

Forma sugerida de citar: Cernadas, M. N. y Lull, L. (1999). Lecturas de una élite intelectual argentina: el Colegio Libre de Estudios Superiores, 1930-1959. *Cuadernos Americanos*, 2(74), 241-253.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 74, (marzo-abril de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Lecturas de una élite intelectual argentina: el Colegio Libre de Estudios Superiores, 1930-1959*

Por Mabel N. CERNADAS DE BULNES

y Laura LLULL

CONICET-Universidad Nacional del Sur, Argentina

Presentación

RECONSTRUIR EN SUS DIMENSIONES HISTÓRICAS el proceso de encuentro entre las lecturas y los lectores en sus diferencias y en sus singularidades no ha sido una preocupación frecuente entre los estudiosos argentinos, quienes sólo han realizado unas pocas publicaciones referidas a bibliotecas privadas de personajes del periodo colonial las cuales, por su carácter excepcional, no son representativas. Si bien nuestra investigación ha tomado como objeto de estudio el consumo cultural de una fracción del campo intelectual representada por el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), creemos que ella acercará elementos para la historia de la lectura de aquellos años, que en palabras de Robert Darnton "podría ser tan compleja como la historia del pensamiento".¹ La agru-

* Una versión de esta ponencia fue presentada en el *Congrés d'Història de la Cultura. Producció Cultural i Consum Social* realizado por el Institut d'Estudis Ilerdencs, Lleida, España.

¹ Robert Darnton "Historia de la lectura", en Peter Burke, ed., *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 206. La historia de la lectura en el mundo occidental cuenta con una importante tradición en la que se destacan las investigaciones de Carlo Ginzburg, Henri-Jean Martin, Roger Chartier, Robert Estivals, H. S. Bennett, François Furet, Michel Vovelle, Michel de Certeau, J. A. Martínez Martín, Jean François Botrel y Robert Darnton, entre otros. Para la realización de este trabajo se ha consultado la colección de *Cursas y Conferencias* existente en la Biblioteca Bernardino Rivadavia de la ciudad de Bahía Blanca (Argentina), ésta comprende 54 volúmenes que abarcan el periodo 1931-1959. Afirma Federico Neiburg que después de 1955 disminuyeron las actividades del Colegio Libre hasta que finalmente cerró sus puertas en 1961, Federico Neiburg, "Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo", *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales*, vol. 34, núm. 136 (enero-marzo de 1995), pp. 533-556, y *Los intelectuales y la invención del peronismo: estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza, 1998, pp. 137-182.

pación a la que estamos haciendo referencia, creada en los primeros meses de 1930, se constituyó en un importante espacio de encuentro para la reflexión y aprendizaje de diversas disciplinas vinculadas a la realidad nacional y desde donde se buscó esbozar proyectos alternativos de país. No se indaga aquí sobre el contenido de las obras reseñadas, como tampoco se hace referencia a los debates estéticos o ideológicos en los que tomaron parte sus integrantes, sino que nos interesa privilegiar el fenómeno más concreto de la oferta cultural que es analizada desde el plan de lecturas que sugería la sección respectiva de *Cursos y Conferencias*, dedicada fundamentalmente al examen y la crítica de la producción bibliográfica contemporánea. La riqueza temática y la diversidad de autores y títulos que ofrece la revista nos permite confirmar el carácter ecléctico² de la cultura argentina que sin duda constituye también el rasgo más notable de la producción de este universo de intelectuales.

Buenos Aires, capital cultural

No podemos hablar de la empresa cultural que constituyó el Colegio Libre de Estudios Superiores sin realizar una breve referencia a la ciudad donde surgió esta iniciativa. Buenos Aires no sólo es la capital de la República sino también el lugar donde confluyen los principales actores del mundo de la política, la economía y las finanzas junto con los protagonistas de la vida intelectual. Ciudad cosmopolita, creció de manera espectacular en las primeras décadas de nuestro siglo debido al fenómeno inmigratorio.³ Los hijos de estos extranjeros conformaron buena parte del contingente be-

² Beatriz Sarlo define nuestra cultura como una "cultura de mezcla" donde coexisten elementos defensivos y residuales junto a los programas renovadores; rasgos culturales de la formación criolla al mismo tiempo que un proceso descomunal de importación de bienes, discursos y prácticas simbólicas: "La mezcla es uno de los rasgos menos transitorios de la cultura argentina: su forma ya clásica de respuesta y reacondicionamiento. Lo que un historiador de la arquitectura llama la *versatilidad y permeabilidad* de la cultura porteña, me parece un principio global para definir estrategias ideológicas y estéticas", Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996, pp. 28-29.

³ En 1914 Buenos Aires tenía 1 576 000 habitantes y hacia 1936 ya había alcanzado los 2 415 000. Todavía en esta última fecha los extranjeros superaban 36.10%, y junto con sus hijos contribuían a 75% del crecimiento de la ciudad, Zulma Recchini de Lattes, *La población de Buenos Aires, componentes demográficos del crecimiento entre 1855 y 1960*, Buenos Aires, Centro del Instituto de Investigaciones Sociales Torcuato Di Tella, 1971, p. 30.

neficiado por el aumento de la tasa de alfabetización y escolaridad, producto, sin duda, de la política educativa implementada por los grupos dirigentes. A partir de su ingreso en las Universidades y el posterior desempeño en las profesiones liberales, ellos también emprenderían la competencia con los sectores tradicionales en el campo de la cultura. Comenzaba así, según Beatriz Sarlo, “el trabajoso camino del ascenso a través del capital y las inversiones simbólicas”,⁴ y de esta forma la ciudad consolidó su imagen de una sociedad móvil y abierta. A esto debe sumarse la notable disminución del índice de analfabetos nativos, consecuencia de varias décadas de vigencia de la educación pública obligatoria, lo que posibilitó que una mayor cantidad de personas estuvieran en condiciones “de acceder a otros instrumentos de conocimiento que no fueran la mera experiencia”.⁵

Los avances en materia educativa influyeron en los cambios que se produjeron en el perfil de un público a su vez ampliado por el proceso de urbanización y ambas circunstancias hicieron factible la consolidación de un mercado editorial local integrado por las capas medias y los sectores populares.⁶ La capital porteña albergó a un número cada vez mayor de lectores, quienes elegían sobre todo periódicos, revistas⁷ y ficción barata, pero al mismo tiempo se producía la expansión de numerosas casas editoras que ofrecían obras de la literatura y del pensamiento universal a precios módicos a través de *bibliotecas* y *colecciones*, en lo que constituyó una verdadera empresa cultural.

Los que se interesaban por “ser cultos”⁸ disponían desde comienzos del presente siglo de una variada gama de posibilidades. Por sólo citar algunos ejemplos basta recordar *La Biblioteca* del periódico *La Nación*, que daba a conocer semanalmente la traduc-

⁴ Sarlo, *Una modernidad periférica*, p. 18.

⁵ Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *La cultura de los sectores populares en Buenos Aires. 1920-1945*, p. 36.

⁶ Resulta indudable la maduración de ciertos cambios en la sociedad porteña y en particular en los sectores populares. Así Luis Alberto Romero señala: “En torno de los barrios se organizó una nueva forma de sociabilidad, se acuñaron nuevas experiencias, se recibió de un modo singular lo que venía de otras áreas de la sociedad o del Estado, se procesó, en suma, una cultura popular singular”, Gutiérrez y Romero, *La cultura*, p. 45.

⁷ El lector tenía a su alcance numerosas opciones porque, junto a los suplementos de *La Prensa*, *Crítica*, *El Mundo* y *La Nación*, aparecían *Caras y Caretas*, *El Hogar* y *Leoplán* o las revistas especializadas *Martín Fierro*, *Claridad*, *Nosotros*, *Criterio*, *Sur* y *Cursos* y *Conferencias*, entre muchas otras.

⁸ La expresión corresponde a Luis Alberto Romero, “Una empresa cultural: los libros baratos”, en Gutiérrez y Romero, *La cultura*, p. 55.

ción de libros o novelas europeas, en tanto que la *Biblioteca Blanca* de la editorial valenciana Sempere difundía obras de vanguardia y del pensamiento social. Por último, y para un público más heterogéneo, circulaban gran cantidad de publicaciones de fácil lectura y folletines que incluían textos de temas gauchescos, coccoliches o lunfardos.

Respondiendo a una demanda en permanente ampliación se fue definiendo un universo intelectual con sus instituciones y sus actividades diferenciadas dominadas por la lógica específica de la competencia por la legitimidad cultural, al mismo tiempo que se pusieron en marcha ambiciosos proyectos editoriales que buscaban orientar las lecturas. De esta forma, la Biblioteca Argentina de Ricardo Rojas, La Cultura Argentina de José Ingenieros, la Cooperativa de Buenos Aires de Manuel Gálvez, Tor de Joaquín Torrendellas, Joyas Literarias de Luis Bernard, Claridad de Antonio Zamora, la casa Maucci y la editorial española Sopena difundieron por igual la literatura de ficción, tanto europea como argentina, así como clásicos de la historia del pensamiento o ensayos de tipo político, estético y filosófico. Asimismo, a través de las *Ediciones de obras nacionales* creada por el Ateneo Nacional y dirigida por David Peña, se dieron a conocer las obras completas de Mariano Moreno, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y Bernardo de Irigoyen, entre otros. El auge de la edición nacional y los nuevos intereses de los lectores fomentaron y estimularon la aparición de talleres gráficos, editores y librerías, entre otras las de Pedro García y Tomás Pardo, Anaconda, las imprentas de López y Sebastián Amorrortu, la editorial Samet y los talleres gráficos de Lorenzo J. Rosso. En la misma medida en que Antonio Zamora, desde Claridad, impulsaba la edición económica y masiva, en el extremo opuesto se ubicaba Francisco Colombo, quien realizaba lujosas y cuidadas ediciones de libros de autores argentinos encomendados por la Librería Viau.

Así, las casas editoriales y publicaciones de todo tipo consolidaron un circuito de lectores, un nuevo público, por lo general joven y de escasos recursos económicos que, también por la acción del periodismo, comenzó a cambiar y expandirse. Se trataba

⁹ Sarlo, *Una modernidad periférica*, p. 19. En 1928 la Exposición del Libro Argentino, realizada en los salones del Teatro Cervantes, constituyó un temprano y oportuno balance del papel de éste en la historia de nuestras actividades culturales. Diez años después las muestras realizadas en la sede del Centro Italiano de Estudios Americanos

de una cultura que se democratizaba “desde el polo de la distribución y el consumo”.⁹

El Colegio Libre de Estudios Superiores

EL Colegio Libre de Estudios Superiores constituyó, en palabras de Silvia Sigal, “un magnífico ejemplo de la función modernizadora y del carácter combinado, cultural y político, de una franja de intelectuales argentinos”.¹⁰ Es precisamente en su declaración de principios redactada en 1930¹¹ donde claramente se puede apreciar su intención de constituirse en un elemento de acción directa para el progreso social. Como una forma de contribuir al desarrollo de los estudios superiores en el país elevando su nivel cultural, proponían estimular la investigación dando a conocer sus resultados no sólo en los cursos dictados en la institución sino también a través de la publicación de una revista que multiplicara la oferta cultural. Al mismo tiempo se buscaba promover y difundir el estudio de las problemáticas relacionadas con los distintos campos del saber humano, inculcando en la juventud hábitos de estudio y reflexión. En definitiva, pretendían que el Colegio se constituyera en un espacio abierto para todos los estudiosos que estuvieran dispuestos

en Roma y en la Biblioteca Nacional de París reflejaron el satisfactorio nivel artesanal e industrial del libro argentino y manifestaron no sólo las posibilidades de una industria editorial autónoma sino su firme voluntad de expandirse y competir conquistando nuevos mercados. El suceso europeo se repitió en ciudades latinoamericanas como Río de Janeiro, Santiago de Chile, Lima y Asunción, futuras importadoras del libro de edición nacional, Jorge B. Rivera, “El auge de la industria cultural 1930-1955”, en *Historia de la literatura argentina*, tomo IV, Buenos Aires, CEAL, 1967, pp. 577-599.

¹⁰ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 107. Al respecto véanse también Neiburg, “Ciencias sociales y mitologías nacionales”, p. 548 y Óscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.

¹¹ El 20 de mayo de 1930 se reunieron Roberto F. Giusti, Anibal Ponce, Carlos Ibarguren, Alejandro Korn, Narciso C. Laclau y Luis Reissig para crear el Colegio Libre de Estudios Superiores. La finalidad de la agrupación puede leerse en la declaración inicial. Se afirmaba en aquella oportunidad: “La cultura superior en la Argentina tiene por órgano a la Universidad oficial. En ésta, por razones de diferente índole, ha predominado el espíritu profesional; si bien es cierto que merced a la labor de un número de investigadores se ha creado una corriente de búsqueda desinteresada. El grupo de personas que firma esta carta ha pensado en la conveniencia de constituir un organismo exento de carácter profesional destinado al desarrollo de los estudios superiores [...] Ni universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el Colegio Libre de Estudios Superiores aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias. Germen modesto en favor de un esfuerzo a favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquélla sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina”.

a aportar sus experiencias y conocimientos a la vez que mantenían vínculos con instituciones similares de Argentina, de América y del resto del mundo.

Los alcances de la función desempeñada por esta entidad en el campo intelectual de aquellos años no podrían visualizarse sin hacer referencia a la serie de alternativas por las que atravesó la Universidad argentina entre 1930 y 1955 y que no pueden desconocerse, si bien no constituyen el objeto de nuestro trabajo. El pronunciamiento militar de septiembre de 1930 que derrocó al presidente radical Hipólito Yrigoyen causó efectos paradójicos y contradictorios en el ámbito universitario, y si en un primer momento un importante número de estudiantes vio con simpatía y esperanza al golpe, poco a poco se hizo evidente que la política del gobierno *de facto* tendía a dejar a la Universidad en manos de los sectores más tradicionales, muchos de ellos ligados a la Iglesia y al nacionalismo. Con el fin de que las casas de estudios no *fuesen focos de proselitismo interesado y de presiones violentas* se dictaron nuevos estatutos y se decretó la intervención y la persecución alcanzó tanto a los estudiantes reformistas como a los profesores de militancia radical, unos y otros fueron encarcelados o separados de sus cátedras.

La situación no mejoró de manera ostensible durante la presidencia de Agustín P. Justo y, ante la regimentación de la actividad política estudiantil y la exoneración de otros profesores por sus preferencias ideológicas, la vida universitaria se retrajo. Los acontecimientos posteriores al golpe de Estado del 4 de junio de 1943 mostraron una vez más la vulnerabilidad de aquellas instituciones, las que fueron intervenidas para frenar su activa y abierta oposición al nuevo régimen. Así, se exoneró a varios profesores que se habían manifestado en favor de la democracia, y los estudiantes que participaron en los mitines de protesta fueron perseguidos por la policía y encarcelados.

Dos años después la normalización institucional que pareció llegar a todas las esferas de la vida pública incluyó por breve tiempo a las universidades, pero su actitud militante en favor de las libertades democráticas y de los principios reformistas terminó por enfrentarlas al gobierno que, otra vez, decidió intervenirlas en mayo de 1946 al apartar de sus cátedras a figuras de gran jerarquía intelectual. Los universitarios no cambiaron su actitud contestataria frente a la candidatura del coronel Juan Domingo Perón y la agitación estudiantil continuó después del acto eleccionario de princi-

pios de 1946. Poco más de un año después —el 9 de octubre de 1947— la ley universitaria 13031 dejaría sin vigencia los postulados de autonomía y cogobierno que habían enarbolado los reformistas y abría el camino a la intervención estatal directa en las casas de estudio por tiempo indeterminado. La reorganización de su administración, la renovación del cuerpo docente y el hostigamiento a las organizaciones estudiantiles, que en su mayor parte serían declaradas fuera de la ley, fueron algunas de las características predominantes de la universidad peronista.¹²

Sin embargo, más allá de las imposiciones del oficialismo en materia cultural y el control de los medios de comunicación, se mantuvo una vida intelectual extraestatal, que por lo general tenía como base las instituciones preexistentes. Éste fue el caso precisamente del Colegio Libre de Estudios Superiores, que a lo largo de casi treinta años brindó sus aulas tanto a los profesores separados de sus cátedras como a los alumnos que buscaban una oferta alternativa a la propuesta oficial. Para la consecución de estas metas desarrollaron una variada gama de actividades que comprendió la creación de cátedras e institutos, la organización de disertaciones, el intercambio de investigadores, la realización de ciclos interdisciplinarios sobre temas específicos, el otorgamiento de becas o subsidios para la realización de estudios especializados y la edición de una revista periódica. La importancia de algunas de las investigaciones realizadas en este marco determinó que fuesen editadas dentro de la colección denominada *Biblioteca del Colegio Libre de Estudios Superiores*.

La revista Cursos y Conferencias

El Colegio Libre de Estudios Superiores inició la publicación de *Cursos y Conferencias* en julio de 1931, que fue desde el principio un ejemplo de la diversidad de preocupaciones de sus asociados ya que a lo largo de sus páginas se suceden cuestiones relacionadas con la sociedad, el arte, la economía, la filosofía, la literatura, la historia, la educación, la psicología, la biología, la medicina e inclusive las ciencias exactas. Como su nombre lo indica, la revista ofrecía a sus lectores la transcripción de algunos de los cursos y las conferencias dictadas en el Colegio, las que eran seleccionadas

¹² Sobre los enfrentamientos producidos en la Universidad puede leerse una nota publicada en *Cursos y Conferencias*, vol. xxxii (1947), p. 251.

de acuerdo con el interés científico y cultural de las mismas. Otra sección informaba sobre la vida cultural de la ciudad e incluía numerosas reseñas de libros y del contenido de diversas publicaciones. Por otra parte, en la sección denominada *Vida del Colegio* quedaron reflejadas las actividades de la institución en Buenos Aires y en las filiales creadas en las ciudades del interior, al mismo tiempo que se daban a conocer los proyectos de tareas futuras. Finalmente, *Noticias y Comentarios* informaba sobre la política general de la entidad y sobre su parecer con relación a temas culturales o nacionales de cierta relevancia.

Propuesta de lecturas de una élite intelectual argentina

LA sección destinada a este propósito se caracterizó por incorporar el comentario de las temáticas más diversas, reseñándose por igual libros relacionados con las ciencias exactas, naturales o sociales.¹³ La consulta sistemática de las lecturas sugeridas mostró que en el ofrecimiento predominaron dos criterios de selección. Por un lado, la inclusión de un elenco de obras y autores reconocidos y “canónicos” que reproduzcan, según Armando Petrucci, “los valores ideológicos, culturales y políticos que están en la base de la visión del mundo occidental desde hace dos siglos hasta este momento”.¹⁴ Por el otro, una selección que operaba según el concepto de “universidades invisibles”, en particular cuando se trataba de intelectuales argentinos y americanos. Dicho concepto ha sido propuesto por Charles Kadushin, quien de este modo explica el comportamiento de los integrantes de campos intelectuales en formación, los que, según el autor, respondiendo a lealtades basa-

¹³ En esta sección se daban a conocer también, pero sin realizar ningún comentario, los títulos aparecidos en las principales casas editoras de Buenos Aires o las donaciones realizadas por diferentes instituciones culturales. Se mencionaba además la lista de revistas nacionales o extranjeras con las que se mantenía un canje periódico.

¹⁴ Armando Petrucci, “Leer por leer: un porvenir para la lectura”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, dirs., *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 521-543, p. 526.

¹⁵ Al respecto pueden verse Diana Crane, *Invisible colleges: diffusion of knowledge in scientific communities*, Chicago, University of Chicago Press, 1974, y N. D. Mullins et al., “The group structure of cocitations clusters: a comparative study”, *Sociological Review*, vol. 42 (1977), Charles Kadushin, “Los intelectuales y el poder cultural”, en P. H. Schlesinger et al., *Los intelectuales en la sociedad de la información*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 113-129.

das en redes sueltas, se envían unos a otros sus libros o manuscritos como una primera instancia de consagración.¹⁵

Así puede afirmarse que, tal como ocurría en otras revistas especializadas, la literatura argentina predominó ampliamente en el porcentaje de obras reseñadas, destacándose la novela y el cuento como las formas de expresión escrita más comentadas.¹⁶ No faltaron tampoco la crítica literaria, el teatro, la poesía y el particular género que representa la biografía, aunque también estuvieron presentes los comentarios de los estudios filológicos realizados por el español Amado Alonso y el austriaco Leo Spitzer.¹⁷

Dentro de la tradición literaria occidental ocupan un lugar destacado los autores españoles, algunos de ellos de conocida militancia republicana como Federico García Lorca y Ángel Ossorio Gallardo, a los que se sumaron los novelistas Guillermo de Torre, Francisco Ayala, Salvador de Madariaga y Emilia Pardo Bazán y los poetas Pedro Salinas y Rafael Alberti. Le siguen en importancia numérica los escritores de origen francés, en particular Jean-Paul Sartre, el pacifista Romain Rolland, el dramaturgo Henri René Lenormand y Henri Bremond. Entre los textos británicos se comentan tanto las reediciones de las piezas teatrales de Shakespeare como las del irlandés Bernard Shaw, los escritos del novelista inglés D. H. Lawrence y del infatigable viajero Robert Cunningham Graham, quien llegó al Río de la Plata a fines del siglo pasado dedicando numerosas páginas a retratar la vida, costumbres e historias de su gente. La propuesta de lecturas se complementaba con la *Historia de la literatura italiana* de Francesco de Sanctis, el *Kalevala*, epopeya de Finlandia recogida por Elias Lönnrot o los libros del novelista alemán Thomas Mann y del portugués Fidelino de Figueiredo.

¹⁶ Martyn Lyon ha señalado que la novela fue el género literario predilecto de los nuevos lectores del siglo XIX, en particular las mujeres, a las que el autor considera como pioneras "de las modernas nociones de privacidad e intimidad"; véase "Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros", en Cavallo y Chartier, *Historia de la lectura*, p. 489. En relación con los autores comprobamos que, junto a aquellos ya consagrados como Fray Mocho y Lucio V. Mansilla, aparecen los nombres de Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y Enrique Anderson Imbert. También encontramos a otros exponentes de la literatura argentina como Gustavo Levene, Antonio Aparicio, Isidoro Sagués, Enrique Wernicke, Martín Gil y Pablo Rojas Paz, entre otros.

¹⁷ La crítica literaria comprendió las obras de Roberto Giusti, Bernardo Canal Feijóo y Rafael Alberto Arrieta. El teatro las piezas de Samuel Eichelbaum, Roberto Mariani, Arturo Capdevila, Marcos Victoria y José María Monner Sans. Por último, la biografía estuvo representada por Leopoldo Lugones, Luis Godoy, Celso Tindaro, Octavio Amadeo, María Barrenechea y Luis Reissig.

o se dejó de lado tampoco a los escritores de nuestro continente. Entre las numerosas referencias deben señalarse las del *Popol Vuh* o libro sagrado de los quiché maya, del *Chilam Balam* comentado por Alfredo Barrera Vásquez como también el completo panorama de Antonio Castro Real referido a la poesía mexicana moderna. e recomiendan asimismo las obras del ensayista colombiano Germán Arciniegas, del filósofo dominicano Pedro Henríquez Ureña, del escritor Guillermo de Zéndegui, autor de varios estudios sobre Martí, de la novelista chilena Martha Brunet y de su compatriota, el polígrafo y bibliógrafo José Toribio Medina. La cercanía geográfica y cultural con el Uruguay posibilitó un contacto más estrecho con varios intelectuales de aquel país, especialmente aquellos vinculados a un movimiento latino-americanista y de fuerte oposición al imperialismo.¹⁸

Completando este universo de lecturas, *Cursos y Conferencias* sugería las obras del hispanista norteamericano Waldo Frank, quien mantuvo estrechas relaciones con las élites intelectuales argentinas y en particular con algunos miembros del Colegio Libre, las novelas de Henry James, Charles Stevenson, la poética de Walt Whitman y los escritos de Rabindranath Tagore, el educador y poeta hindú que era apreciado por su vasta cultura y la originalidad de su producción, resultado de la síntesis entre el mundo al que él pertenecía y el occidental.

Las ciencias humanas ocuparon un lugar preferencial en la elección de los elencos bibliográficos comentados por los responsables de la revista. En efecto, tras la literatura encontramos que la filosofía y la historia alcanzan un porcentaje importante de títulos, índice de la trascendencia conferida por este universo de intelectuales a los problemas del hombre y de la sociedad en su conjunto. Dentro del campo filosófico, la presencia de Alejandro Korn primero y Francisco Romero después marcó los lineamientos más destacados en la disciplina. Acallada la polémica antipositivista, el incremento de las relaciones con Europa y con Estados Unidos en el periodo que correspondió a la Segunda Guerra mundial de-

¹⁸ Entre los literatos de esta nacionalidad pueden mencionarse al poeta Sabat Erccassy, al autor de novelas y cuentos gauchescos Francisco Espínola y al escritor Alberto Nin Frías, que perteneció a la redacción del diario *La Prensa* de Buenos Aires. En otro lugar hemos analizado cómo a partir del reencuentro de estos intelectuales con su realidad histórica buscaron definir la identidad latinoamericana; véase nuestra ponencia "La Revista *Cursos y Conferencias* y la búsqueda de una identidad latinoamericana, 1931-1959", *Estudios Latinoamericanos* (Santiago de Chile, SOLAR), 1997, pp. 91-103.

terminó la llegada sin demora de los ecos de las nuevas empresas de pensamiento que allí se gestaban. Las corrientes filosóficas provenientes de Alemania se hallan representadas a través de las obras de Ernst Cassirer, Martin Heidegger, Georg Simmel, el romántico F. W. Schelling, el fenomenólogo Edmund Husserl, Martin Buber, Charles Renouvier y los comentaristas Abraham y Hoffman. Cabe aclarar que en la importación de estas ideas tuvo mucho que ver José Ortega y Gasset a través de los cursos dictados en la Argentina en distintas oportunidades, como asimismo por la difusión que realizó en la colección filosófica de la *Biblioteca de la Revista de Occidente*.

Dos nombres destacan entre los filósofos italianos mencionados en esta sección, ambos exiliados en la Argentina: Renato Treves, jurista y filósofo vinculado a la Universidad de Tucumán y difusor en nuestro medio del pensamiento de Benedetto Croce, y Rodolfo Mondolfo, autor de un ensayo sobre Feuerbach y Marx y de la anotación y comentario de la primera edición castellana completa de los filósofos clásicos griegos, publicada por aquellos años en la Editorial Losada. Por último, de los pensadores de lengua inglesa fueron citados Bertrand A. Russell y Marvin Farber, comentarista de Husserl y John Dewey, incorporado ante todo como pedagogo.

Al mismo tiempo que se recibían y comentaban las obras europeas se daban a conocer, a través de las páginas de la revista, diversos trabajos de estudiosos radicados en nuestro país y en otras naciones americanas. Entre los primeros, Ángel Vasallo, Vicente Fatone, Luis Aznar, Eugenio Pucciarelli, Alberto Rougés, Luis Juan Guerrero y Aníbal Sánchez Roulet, quienes además de la producción propia tuvieron a su cargo los estudios críticos de reediciones en castellano de las obras de Bergson, Kant, Hegel y Marx, entre otros. En cuanto a los hispanoamericanos encontramos la producción del dominicano Pedro Henríquez Ureña, el chileno Enrique Molina, el uruguayo Carlos Vaz Ferreira y el mexicano Leopoldo Zea.

Al igual que la filosofía, la historia ocupó un lugar preferente entre los títulos ofrecidos en esta sección. Junto al análisis de los trabajos de Oswald Spengler y Robin G. Collingwood, aparecieron aquellos de los españoles Gregorio Marañón, el Marqués de Villa Urrutia, Gonzalo Fernández de Oviedo, los franceses Joseph Le Gras, Roger P. Labrousse, Emmanuel Berl y Bernard Bosanquet,

y los historiadores de habla inglesa Crane Brinton, John Addington Symonds y John P. Day, entre otros.

Pero sin duda el pasado americano en general, así como el nacional en particular, proveyeron un nutrido repertorio de obras a los lectores reales o potenciales. Así se comentaron las investigaciones sobre los primitivos habitantes de estos territorios realizadas por Antonio Serrano, Boleslao Lewin y Ángel Rosenblat y los trabajos correspondientes al periodo hispánico de Sigfrido Radaelli, Roberto Levillier, María Rosa Lida de Malkiel y Germán Arciniegas. Un párrafo aparte merece José Luis Romero por su doble papel de integrante activo de esta empresa cultural y fecundo historiador, valorado tanto por sus análisis de la historia europea como por sus agudas consideraciones sobre el desenvolvimiento del proceso argentino.

La biografía histórica constituyó otro de los géneros elegidos para los potenciales lectores. Los relatos de vidas de Gervasio de Artigas, Fructuoso Rivera, Francisco Miranda, Manuel Belgrano, Facundo Quiroga, Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento y Miguel Cané fueron conocidos a través de las publicaciones de Alberto Lasplaces, Mabel Manacorda de Rosetti, Vicente Dávila, Barcón Olesa, Héctor Quesada, Bernardo Canal Feijóo, Aníbal Ponce y Ricardo Sáenz Hayes, respectivamente.

Se incorporaron también los textos que ofrecían una perspectiva antropológica, sociológica o política de los problemas específicos de la realidad americana y argentina. De esta manera, los libros referidos a la crítica y el análisis de la sociedad, la constitución del Estado, las políticas públicas, los mecanismos de funcionamiento de la democracia y las ideas de grupos o personajes, junto a la fascinación que aún algunos mantenían por la experiencia de la Unión Soviética, encontraron un conjunto de comentaristas especializados en dichas temáticas que reflexionaron agudamente sobre sus contenidos.¹⁹

Otra temática que tuvo una significativa cabida en las páginas dedicadas a la reseña de libros fue la educación. Las obras que la *Biblioteca de Occidente* publicara al respecto o las traducciones de autores extranjeros realizadas por la editorial Espasa-Calpe fue-

¹⁹ Entre los autores de este tipo de textos pueden citarse las obras de Florencio Escardó, Josué de Castro, Gino Germani, Silvio Frondizi, Carlos Cossio, Joaquín V. González, Celso Tíndaro, César Ossorio, Américo Ghioldi, Aldo A. Cocca y Aníbal Ponce.

ron comentadas por un grupo de especialistas, entre los que se destacaron muy especialmente Anibal Ponce, Julia Laurencena, Rafael Río, Abel Bianchi y Luis Reissig. Este último ocupó un descollante lugar en esta materia puesto que dio a conocer la mayoría de los trabajos publicados por las revistas especializadas de todo el continente.²⁰ En proporciones mucho menores puede hallarse el comentario de textos relacionados con la geografía, la medicina, la psicología y las ciencias en general.

A manera de conclusión

El contexto de complejización del campo cultural que caracteriza al periodo en que desarrolló sus actividades, la élite intelectual que conformó el Colegio Libre de Estudios Superiores buscó construir su público lector a través de las sugerencias bibliográficas que ofrecía desde las páginas de *Cursos y Conferencias*. Asumiendo un papel eminentemente pedagógico se interesó tanto por crear un espacio propio en el ámbito de la cultura superior como también por llegar a un auditorio de “no especialistas” compuesto por sectores medios e incluso populares con la intención de convertirse en una instancia legítima de mediación en el encuentro entre los lectores y los libros. Propiciaba así la concreción de nuevos pactos de lectura entre estos dos protagonistas, posibilitando que los primeros confirieran significado a los textos, condición *sine qua non* para que éstos alcanzaran su propia existencia pero al mismo tiempo ofreciendo “un orden de la lectura” sustancialmente homogéneo y destinado a reafirmar los valores establecidos por la cultura escrita occidental.²¹

²⁰ Como secretario del Colegio Libre, Reissig buscó ponerse en contacto con los especialistas de otros lugares del mundo, logrando así que destacados pedagogos americanos y europeos dieran a conocer sus experiencias en esta materia a través de conferencias o artículos. Fue invitado especialmente por el Departamento de Estado norteamericano e instituciones culturales de dicho país para realizar un viaje de estudios con el fin de informarse sobre los sistemas de educación de obreros, campesinos y de adultos en general de las ciudades más importantes de la Unión y posteriormente realizó otro periplo con similar finalidad por varias naciones sudamericanas. En reconocimiento expreso a su labor en este sentido, durante los años que estuvieron suspendidas las actividades del Colegio por razones políticas, Reissig prestó servicios profesionales en la Sección de Educación de la Unión Panamericana en la que también dirigió la revista *La Educación* entre 1953 y 1956.

²¹ Sobre esta cuestión véase el sugerente artículo de Petrucci, “Leer por leer un porvenir para la lectura”